

EL TEMPLO DE DIOS 4

Parte 28

“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales.”

- (Efesios 3:8-10)

En las últimas tres lecciones hemos hablado de la realidad de la salvación, en la que Dios ha creado, en la resurrección de Cristo, un lugar eterno de habitación para Sí en el Espíritu. El lugar de habitación de Dios no es un qué o un dónde, es un quién. Es un pueblo que ha sido incluido en la muerte de Cristo y surgido de los muertos como un cuerpo unido a una cabeza. Cristo los primeros frutos, luego los que están en Él. Cristo el primogénito entre muchos hermanos.

En sólo tres días Cristo hizo lo que los fariseos dijeron que era imposible, levantó de la tierra un templo para el Dios vivo. Cumplió lo que estaba escrito: “La gloria de la casa postrera excederá la gloria de la primera”. Él quitó el misterio que era testificado por un edificio natural al cumplirlo en una realidad espiritual terminada, la cual es, el cuerpo de Cristo, el verdadero templo de Dios. Lo que era un misterio, velado en muchos tipos y sombras, finalmente fue consumado en la resurrección del Señor Jesucristo.

Miramos en la lección anterior el misterio de la habitación de Dios, el misterio de un Nuevo Hombre resucitado. Vimos que ese era el propósito eterno de Dios predestinado desde antes de la fundación del mundo, ya finalizado, plenamente consumado y completado en Cristo. Es más, si saltamos un par de versículos leemos en el versículo 11, “*Conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor*” (Efesios3:11).

Esto es lo que proclama Pablo, que el eterno propósito de Dios, eternamente conocido en el corazón de Dios, previamente testificado en incontables tipos y sombras en la antigua creación y en el Antiguo Pacto, ha sido plenamente logrado, cumplido y consumado en Cristo. No sólo Cristo el nazareno, sino Cristo la cabeza resucitada de un cuerpo corporativo. Cristo la habitación viva donde Dios y el hombre han sido

reconciliados. El hombre sale de los muertos en la resurrección de Cristo y luego es unido a Él como Su plenitud. Así era en las sombras en el primer hombre, donde vemos a la primera mujer salir del hombre y luego ser unida a él como su plenitud.

Yo podría decir a manera de aclaración, que este santuario, esta habitación, este lugar de morada, es una realidad más grande que la realidad de Dios viviendo en usted. Y aunque ni siquiera hemos arañado la superficie de esto en las últimas lecciones, el Señor quiere darnos una mayor comprensión de la salvación. Alguien podría preguntar: “¿Cómo podría ser algo más grande que la morada de Cristo en el hombre?” Pero eso es sólo la tercera parte, si se me permite cuantificar la realidad espiritual por el bien de la comunicación; una tercera parte de la perspectiva de Dios de este plan y de este propósito consumado. Usted podría decir que hemos estado concentrados en un solo lado de “la casa de tres-lados” de Dios.

Si queremos llegar a conocer la realidad de esta habitación eterna, de esta unidad del hombre con Dios, necesitamos entender que la salvación consta de al menos tres realidades. Jesús dijo: **1.** Yo estoy en el Padre. **2.** Ustedes están en Mí. **3.** Yo estoy en ustedes. Hemos estado concentrados en la tercera: Cristo en nosotros. Está bien, porque eso, por lo general, es lo primero que el alma puede comprender por el Espíritu de Dios: “Cristo vive en mí. No tengo vida, sino a Cristo. Yo soy la vasija que Él ocupa. Soy Su cuerpo y existo para darle expresión a Él”. Esto no sólo es algo tremendo, sino también una realidad aceptada pero ignorada por muchos.

Sin embargo, más allá del hecho de que nosotros hemos llegado a ser Su casa, el vehículo para Su incremento, está la realidad de que nosotros hemos llegado a habitar en Él. Hemos llegado al propósito, reposo, herencia y todas esas promesas del Antiguo Pacto, al llegar a vivir en Él. Él está en nosotros, nosotros estamos en Él. Alguien comparó esto a un pez en el agua. El agua está en el pez dándole vida, oxígeno y movimiento; el pez está en el agua hallando en ella su habitación y hogar. Esta analogía, como todas, tiene sus debilidades, pero al menos nos permite ver que los dos van mano a mano. Jesús siempre mencionó ambas realidades: Yo estoy en ustedes y ustedes están en Mí. Pablo hace lo mismo; una y otra vez le proclama a la iglesia ambas realidades, que Cristo está en ellos y que ellos están en Cristo. ¿Por qué les menciona ambas? Porque aunque ambas realidades están relacionadas, no son lo mismo; son dos facetas del encuentro y de la unión del alma con el Dios vivo.

Es así a lo largo de todos los tipos y sombras del testimonio, encontraremos muchas cosas en el Antiguo Pacto que hablan de la salvación en más de una forma. Tomemos por ejemplo el testimonio de la salvación que encontramos en la tierra natural de Israel. Recuerdo que una vez estuve un poco confundido y preocupado con esto. El Señor había estado mostrándome en mi corazón, que la tierra prometida es el lugar de reposo y promesa para el alma, que nosotros cruzamos el Jordán y entramos al reposo en Él; la tierra.

Yo prediqué una o dos veces esto del libro de Josué, pero luego, unos pocos meses después, sentí que el Señor me mostraba que nosotros somos la tierra y que Cristo, como David, es el conquistador, subyugador y juez de ese territorio hostil. Esto me confundió por un tiempo, porque por alguna razón asumí que la tierra tenía que hablar de uno o de otro. ¿Cómo podría usar Dios la tierra para hablar de dos o más realidades? Bueno, la respuesta vino al darme cuenta de que nuestra salvación, este propósito eterno, esta habitación de Dios en el Espíritu, como dice Efesios 2, es mucho más grande de lo que yo había imaginado. Involucra tanto a Cristo habitando en un pueblo, como a un pueblo llegando a vivir en Cristo.

Así que, tenemos dos testimonios enormes y detallados de ambas realidades en la tierra de Israel. Primero, tenemos un cuadro maravilloso del nuevo Israel a través de Josué (porque el viejo no entró por su incredulidad), al cruzar por fe el Jordán. ¡Hay mucho más aquí! Tenemos el arca de Dios llevada en los hombros de los sacerdotes y a Dios diciendo: “Asegúrense de seguir el arca, porque ustedes no han pasado por este camino antes”. Esto es algo tremendo, porque adonde nosotros sigamos esa arca, NINGÚN HOMBRE puede o podrá ir, si Él no abre y se convierte en el camino.

Tenemos a un pueblo que entró a la tierra y que finalmente llegó al propósito. Ahí tenemos el propósito por el cual Dios había sacado a Israel de Egipto. Es más, en el momento en que ellos están al otro lado, Dios le dice a Josué: “AHORA...he quitado el oprobio de Egipto”. Puedo imaginar a Josué diciéndole a Dios: “¿Acaso no lo hiciste hace 40 años cuando nos sacaste de ahí?” Y a Dios respondiéndole: “¡Josué, mi salvación no se mide por ‘de donde salieron’, sino por ‘a quien entraron’!”

Ahí están ellos, siguiendo el arca hacia una tierra que fluye leche y miel, hacia una tierra que claramente habla de Cristo. Luego, tan pronto levantaron sus tiendas, Josué llamó a los hombres a una reunión especial. La primera orden que Dios les dio en la tierra de leche y miel, fue que todos los hombres cortaran el prepucio de la carne. ¡Algo extraño que hacer después de haber cruzado el Jordán! Podríamos pensar que Dios pudo haberles pedido que hicieran esto antes de entrar en la tierra; habría sido más conveniente recuperarse de esa cirugía menor unas semanas antes del gran día. Sin embargo, vemos que a Dios realmente no le importaba que ellos tuvieran carne mientras estaban en el desierto, pero sí en la tierra, porque esa carne NO pertenecía a la tierra llamada Cristo. ¿Puede verlo?

Es maravilloso ver lo que hay en el corazón de Dios en esta historia. En la tierra la carne no aprovecha. En la tierra la carne es dejada atrás. En la tierra que es un cuadro del Hijo, la carne es crucificada en la puerta, dejada atrás en el río Jordán, amputada y declarada insensata inmediatamente después de que entraron. Josué llamó a los hijos de Israel y circuncidó a todos y cada uno de los hombres; luego habitaron en la tierra.

¿Qué dijo Dios de esa tierra? Que Cristo sería la provisión, preparación y herencia de esa tierra. “Ustedes tomarán agua de pozos que no cavaron, vivirán en ciudades que no edificaron, recogerán la cosecha de lo que no plantaron, ganarán guerras que yo pelearé por ustedes. No por mi fuerza ni por mi poder en esta tierra...sino por mi Espíritu”; dice el Señor. Josué hasta donde puedas ver...les pertenece. Así que levántense y posean lo que les he dado”. ¿Lo ve? Es un cuadro fabuloso de un pueblo que entra a vivir en Cristo... ¡Es demasiado perfecto! Esto tiene sentido porque fue planeado antes de que Dios llamara a Abraham y le hiciera la promesa. Fue planeado, según Efesios 1, antes de la fundación del mundo. Dios predestinó tener un pueblo viviendo en Su Hijo antes de la fundación del mundo (Efesios 1:4).

Vemos que Dios usa la misma tierra para testificar de otro lado de “la casa de tres-lados”. Vemos la tierra llena de naciones paganas, llena de abominación, ídolos, brujería y violencia; vemos un cuadro de nuestras almas. Vemos que esa tierra, por su naturaleza, necesita un juicio, necesita un rey justo. Entonces, los tipos y sombras se voltean y vemos una nación que es habitada por un rey que es la Simiente de Abraham. Gálatas 3 recoge este cuadro: Cristo, la verdadera Simiente de Abraham. En 2 Corintios 10 la historia de David es traída al Nuevo Pacto por Pablo.

David vive su vida exterminando la carne incircuncisa que llena la tierra. Captura las fortalezas, derriba los lugares altos, destruye los ídolos y exalta su reino a lo largo y ancho de la tierra de Israel. Tanto así, que Salomón hereda un reino de paz, un reino cuyas fronteras están completamente extendidas y al que las naciones corren para ver su gloria. Pablo trae esto al Nuevo Pacto y proclama a un rey, a la verdadera Simiente de Abraham en Su tierra. Cristo en nosotros, la esperanza de gloria. Ahora este rey está reinando con propósito, cumpliendo todo lo anunciado por David, el hombre conforme al corazón de Dios. Cristo en nosotros llevando a término toda carne incircuncisa. Cristo, como dice Corintios, usando armas que “...no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia de Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta” (2 Corintios 10:4-6).

¡Imposible perdernos el paralelismo en las palabras de Pablo! ¡Imposible dudar que la tierra, en la historia de David, sea el alma del hombre que es invadida y subyugada por la vida de Cristo! De quien se dice que “...transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:21). ¡Qué bien demuestra la tierra de Israel, en sólo este tipo y sombra del Antiguo Pacto, la realidad y el propósito de la habitación de Dios que Pablo describe aquí!

Hasta aquí sólo dos de los tres lados de la casa. He dejado de último a propósito, el que debe ser la realidad más grande de todas ellas...si es que se puede decir tal cosa:

Que Cristo nos ha llevado en Sí mismo de regreso al Padre. Colosenses 3 dice: *“Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”*. Todo el plan se ha cerrado en un círculo. Un Hijo que sale del Padre e introduce a un pueblo en Su muerte. Dicho Hijo es levantado como la resurrección y la vida de Su cuerpo; el pueblo que es tanto Su templo como el pueblo que habita en Él. En ese Hijo, quien dice de Sí mismo que es el camino, la verdad y la vida, todos hemos llegado a la casa eterna del Padre.

Aquí vemos la herencia del Padre. ¡Es tremenda! Tenemos lo que Efesios 1 llama “la herencia de Dios en los santos”. Tenemos la relación de Abraham con la misma tierra: Abraham el padre, su Simiente va a la tierra, llena la tierra de un reino, llena la tierra de Gloria. Y tal como le prometió Dios a Abraham en Génesis 12, 15 y 17, el incremento de la Semilla, la grandeza de la Semilla es la herencia de Abraham. La herencia del Padre está en la grandeza de la Semilla.

En el primer trato de Dios con Abraham, el incremento de la Simiente de Abraham es la grandeza y herencia de Abraham. *“Y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera...He aquí mi pacto es contigo, y serás padre de muchedumbre de gentes...Y te multiplicaré en gran manera, y haré naciones de ti, y reyes saldrán de ti. Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones...Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti, la tierra en que moras, toda la tierra de Canaán en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos”* (Génesis 17:2-8).

¿Puede ver usted cuán inmenso y significativo es todo esto? Estamos tratando de llegar a conocer nada menos que el propósito y la realidad de todo. Estamos hablando de lo que Dios conoció y deseó de antemano y estaba escondido en Él, de lo que Él habló y testificó a lo largo de siglos y ha llegado; ya está consumado en Cristo. Nosotros ya nos hemos convertido en el lugar de habitación de Dios en el Espíritu. Ya hemos muerto y nuestra vida está escondida con Dios en Cristo. El Espíritu ya está revelando lo que nos ha sido concedido por Dios...y la iglesia sigue “esperando ir a un mejor lugar para finalmente conocer a Dios”. ¡Qué ridículo!

La realidad de la eterna habitación de Dios, antiguamente escondida en Él, es hecha manifiesta ahora por la iglesia. No hemos hablado aún del versículo 8, pero veamos el 9 y el 10 un momentito ya que estoy haciendo referencia a ellos: *“...y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que creó todas las cosas; para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales”*.

Pablo nos dice que no sólo debemos conocer el misterio de Dios que estaba escondido en Él, sino también que es revelado en Cristo ahora, y que nosotros debemos

manifestarlo, darlo a conocer, convertirnos en el testimonio de que obra en un pueblo, ante todos los principados y potestades. ¡Cuán desafortunado es que muchos piensen que el misterio continúa escondido! “Yo estoy en el Padre, ustedes están en Mí y Yo en ustedes”. ¡Más triste aún, que esta realidad y esta relación, aunque consumadas por Dios en la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, no es lo que estamos dando a conocer!

Por lo tanto, decir que esta relación con Dios a la que hemos venido en Cristo, que esta realidad que Jesús describió cuando dijo: “Yo estoy en el Padre, ustedes están en Mí y Yo en ustedes”, o que Pablo describió cuando dijo: “Porque han muerto y sus vidas están escondidas con Cristo en Dios”... merece toda nuestra atención, es una declaración muy débil. Esta relación, esta realidad tiene toda la atención de Dios, siempre la ha tenido y siempre la tendrá, por lo tanto, es muy seguro decir que conocerla debería ser, definitivamente, nuestra perpetua obsesión.

Es decir, ¿qué otra cosa es la vida salvo el descubrimiento, experiencia y manifestación espiritual de esta realidad? ¿Qué otra cosa es el cristianismo, sino el encuentro y la conformación interior a esta verdad? ¡En realidad creemos que hay algo más que conocer! ¡Habría algo que podamos agregar! El cristianismo es conocer a Cristo de esta manera y que nos convirtamos en la fragancia de tal conocimiento. El cristianismo es que el Espíritu de Verdad nos dé a conocer que estamos en Él, que Él está en nosotros y que habitamos con Él en el Padre (esta es la definición de salvación de Dios). Hasta que la salvación se vuelva la experiencia de nuestras almas, la fuente y vida de todo lo que hacemos y decimos...no hay nada que decir, ni nada que hacer, ni nada que predicar. Pablo es muy cuidadoso al definir “ministerio”, como la manifestación eficaz de la vida de Dios por fe. Pablo es muy cuidadoso al definir “predicar”, como la declaración de la revelación de este misterio en Cristo.

Sin embargo, aunque se puede decir que esta realidad merece todo el tiempo del mundo, todo el tiempo del mundo no hará que esta salvación sea real en nuestras almas. Enseñarla o predicarla puede hacerla interesante para nuestras mentes, incluso, emocionante para nuestros corazones, pero ella debe convertirse en mucho más que algo emocionante y de beneficio para nosotros. Tiene que convertirse en la realidad y la experiencia de lo que es la vida para nuestras almas, o son sólo ideas, palabras, opiniones, teorías, dogmas.

Vayamos ahora al versículo 8 que dice: *“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”*. Pablo predicaba las inescrutables riquezas de Cristo, pero no como una doctrina ni como una teología verdadera, sino como su encuentro personal con la Persona de Vida. Es cierto que la predicación de Pablo era la reunión de fragmentos, tipos y sombras del Antiguo Pacto, y que los mostraba cumplidos en la muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesús, pero no como un

hecho ni como información correcta, sino como una confrontación, un encuentro profundo y personal con esa muerte que obra en Él, esa sepultura que quita todo lo natural, y esa resurrección que es la vida que obra en Aquel por quien son hechas todas las cosas.

Déjeme compartir con usted unas palabras de nuestro amigo JW Luman:

“Nosotros debemos entender que la Verdad es una Persona, que esa Persona es Cristo y que esa Persona es Cristo relacionado con la cruz. Por consiguiente, la Verdad es Cristo revelado en Su muerte, Su sepultura y Su resurrección. Es en esa cruz, en la Persona de Cristo crucificado, que usted y yo somos enfrentados cara a cara con la Verdad. Si usted y yo somos enfrentados cara a cara con Cristo crucificado, somos enfrentados cara a cara con Él en Su muerte, sepultura y resurrección, y si somos enfrentados cara a cara con la Verdad, vamos a comenzar a llevar todas las cosas a la Verdad. Es decir, empezaremos a comprender todas las cosas desde el punto de vista de nuestra relación con la Verdad. Todas las cosas serán llevadas a la Verdad EN NUESTROS CORAZONES. Allí serán juzgadas, medidas y una voluntad será separada de otra. Porque si usted y yo hemos llegado a la Verdad y Ella reina en nosotros, entonces todas las cosas serán juzgadas en la Luz de esa Verdad. Ahí, en nuestros corazones, lo vivo será separado de lo muerto”.

Así es como lo conocemos y no de ninguna otra manera. Conocer a Cristo es la experiencia de Su muerte, sepultura y resurrección revelada en nosotros. La razón por la que lo digo en este momento, es porque esto es lo que el apóstol Pablo predicaba. Sé lo que hemos hecho, pero eso es lo que él predicaba. Esto es muy difícil de describir y absolutamente imposible de comprender sin la mente de Dios obrando en el alma. El Señor sabe lo mucho que aún me atormentan las palabras, sólo puedo imaginar lo que fue para Pablo tomar su entendimiento de las inescrutables riquezas de Cristo y ponerlo en un paquete patético llamado “palabras”. Sin embargo, él trató y eso se llama predicar a Cristo. Pablo predicó algo inescrutable, no obstante, lo experimentó. Era desconocido para la mente del hombre, no obstante, estaba siendo revelado en él. Me temo que hay muy poco de “inescrutable” en lo que le proclamamos al mundo.

Sí, predicamos...pero a menudo sólo predicamos palabras. Sé que creemos las palabras o no las predicaríamos. Sé que dan lugar a ciertas emociones, pero eso nos la hace algo más que palabras. Se nos dice que salgamos y les demos testimonio a nuestros vecinos. ¿Les demos testimonio de qué? ¿Les demos testimonio de palabras? ¿Les demos testimonio de ideas, lugares comunes, credos? ¿De las cuatro leyes espirituales? No estoy diciendo que el Espíritu de Dios no pueda usar esas cosas, pero ¿por qué tratamos de convertir a la gente a cosas que son sólo palabras para nosotros? Sé de lo que estoy hablando, prediqué mis palabras cristianas favoritas en la iglesia, grupos en las casas, estudios bíblicos, cárceles, albergues y calles.

¿Estamos nosotros predicándoles cosas a las personas, tratando de tomar lo que está en nuestra mente para que resida en las de ellas? Sí es así, no hemos logrado nada. Conocer a Cristo nunca serán palabras en la mente. ¿Qué creemos que debe alcanzar la predicación?

El propósito de la predicación no es persuadir a alguien de algo, sino darle al Espíritu la oportunidad de implantar e incrementar a la Palabra viva de Dios. Las palabras son un simple toque a la puerta; si usted aprende lo que significa abrir esa puerta al ser tocada, obtendrá mucho más que palabras. Obtendrá a la Palabra misma...definiendo todas las cosas en Su luz y conformándolas a Su muerte. Apocalipsis 3 dice: “...yo estoy a la puerta y llamo...” (3:20). Allí está, la Palabra de Dios tocando en el alma humana. No es un libro el que está tocando, es la Persona misma del entendimiento de Dios, de la realidad de Dios, del corazón de Dios, la mente, la vida, la naturaleza...buscando impregnar nuestra alma.

Sé que esto les sonará extraño a nuestras mentes carnales, pero nosotros no estamos para leer o escuchar palabras a fin de aplicarlas a nuestra vida. Por favor...cuanto antes se deshaga de esa idea mejor. Nosotros no aplicamos la Biblia a nuestra vida, las palabras de la Biblia describen lo que Dios ya ha hecho a nuestra vida a través de la cruz, con la esperanza de que nos humillemos y le permitamos al Espíritu mostrarnos lo que es real. Entonces hallamos el entendimiento, pero cuando ganamos entendimiento espiritual, lo que ganamos no es un mejoramiento de nuestro entendimiento de las cosas espirituales, sino el entendimiento del Espíritu. El Espíritu de Dios obra en nosotros de acuerdo a Su entendimiento y ese entendimiento obrando en nosotros es un milagro. Un milagro que está tan completamente separado de cualquier otra cosa de esta creación, que para mí, es el más grande de todos los milagros.

Así, nosotros aprendemos a través de la predicación de Cristo, pero ¿qué es aprender? Aprender no es adquirir la verdad, aprender es que la Verdad que vive en nuestra alma mediante el nuevo nacimiento, defina todo lo que conocemos y vemos. Aprender no es que nos corriamos donde estamos mal o equivocados, aprender es donde la Luz de la Verdad nos muestra que todo lo que hemos pensado no es la verdad, aún cuando esté correcta.

Toda la predicación va hacia una meta. La predicación es la proclama de lo que Dios ha hecho en Cristo, para que el Espíritu pueda finalizar en nosotros lo que está finalizado en Él. La predicación es la proclama de la cruz de Cristo, con la esperanza de que lo que es leído y proclamado sea aplicado por el Espíritu de Dios al alma; NO aplicado por el hombre natural a su comportamiento.

Si la predicación hace su obra en nosotros, tendremos un encuentro con la cruz del Señor Jesucristo. Pablo predicaba las inescrutables riquezas de Cristo, para que el alma de sus oyentes le permitiera la aplicación al Espíritu. Cuando digo “la aplicación al Espíritu” quiero decir, que Él nos muestre la inevitable realidad que está consumada en la perspectiva de Dios, la cual nosotros ignoramos y contradecemos.